

## El nacionalismo latinoamericano en perspectiva histórica

GERMÁN CARRERA DAMAS

Tengo la impresión de que cuando se formulan juicios sobre el nacionalismo latinoamericano, con frecuencia se le refiere a un criterio de racionalidad teleológica, o se le abruma bajo el peso de una crítica más o menos cosmopolita, —que en su versión contemporánea corresponde al nuevo mundo de las multinacionales—, pero siempre ideologizándolo. En el primer caso, desde el punto de vista formal significa lo mismo que el fin sea la racionalización del mercado, la armonización de los intereses de las clases dominantes o la suma de fuerzas para enfrentar el imperialismo. Referido a esos fines, el nacionalismo será reaccionario o revolucionario, progresista o retrógrado, o simplemente malo o bueno. En el segundo caso, la ideologización cosmopolitista del mundo capitalista, o la ideologización internacionalista del mundo socialista, pondrán alternativamente etiquetas al nacionalismo del dócil como las ponen al nacionalismo del renuente.

Confieso, en consecuencia, que debo vencer una gran resistencia, presente en mí mismo, para intentar entrar en este tema con el ánimo abierto a la percepción de matices de un viejo y trajinado problema que, en rigor, justifique por su interés la atención de ustedes y el esfuerzo mío. Culpen a los organizadores, como no vacilaré en culparlos yo, —no por cómodo descargo sino por la solidaridad con ustedes—, si mi intento se frustra.

\* \* \*

La primera proposición que quiero someter a la consideración de ustedes tiene que ver con la historicidad de la nación en América Latina. Créanme que al recordar que . . . “la nación, como todo fenómeno histórico, está sometida a las leyes de la evolución, posee su historia, un comienzo y un fin”, no busco reivindicar a quien un insigne conservador venezolano, Mario Briceño Iragorry, calificó de . . . “teórico excelente de la nacionalidad” . . . (*Mensaje sin Destino*, 1952, p. 35). Busco tan sólo llamar la atención sobre dos cuestiones que estimo fundamentales en rela-

ción con una historicidad de la nación que, por otra parte, no creo haya sido negada recientemente por nadie. Esas cuestiones son:

En primer lugar, en el caso de las naciones latinoamericanas esa historicidad implica una perspectiva de totalidad del proceso sociohistórico.

En segundo lugar, en el caso de las naciones latinoamericanas esa historicidad tiene antes que nada un sentido de especificidad.

Veamos sumariamente lo que quiero decir al referirme a una historicidad que es totalidad. No me refiero, por supuesto, a la que será obvia interpretación en el sentido de que el nacionalismo, como proyección de la nación, no es un artificio ideológico más o menos reciente para refrenar el avance del comunismo o para enfrentar el imperialismo. Más obvio todavía es que no me sumo, en absoluto, a quienes ven en Guaicai-puro, Moctezuma o Atahualpa los primeros adalides del nacionalismo latinoamericano. Quiero decir algo muy diferente (sea dicho de paso que a los historiadores también nos sucede, como a los sociólogos y economistas, que nos resulta más fácil decir lo que no es que lo que es).

La perspectiva histórica de totalidad significa en este caso que la nación, —y su dimensión ideológica—, constituye *la concreción* del breve ciclo histórico transcurrido. No es *una forma de concreción* sino *la concreción*. No se trata de una forma de respuesta, de una forma de relacionarse, —o de no relacionarse—, con la metrópoli en el seno del nexo colonial, o con el Sistema Capitalista Mundial. No cabe duda, sin embargo, de que también cumple esa función. Se trata de que expresa el modo histórico de estructuración de las sociedades latinoamericanas implantadas.

La perspectiva histórica de la nación latinoamericana, en el sentido de su especificidad, se refiere precisamente al carácter de implantadas de las sociedades latinoamericanas. Entiéndase que tal especificidad no puede ser, por el momento, sino afirmada, dado el nivel de los estudios históricos comparativos. Posiblemente la experiencia africana reciente obligue a extender esa especificidad hasta conformar un patrón de estructuración de sociedades que englobe a las latinoamericanas. En todo caso, la importancia de esta especificidad no interesa tanto en la contrastación del proceso sociohistórico latinoamericano con cualesquiera otros, como en la necesaria diferenciación de grados o niveles de conformación de la nación en el marco de las sociedades latinoamericanas. Obviamente, de lo que acabo de decir puede deducirse fácilmente un conjunto de reparos a los intentos de generalización que acabaría por desvirtuar el tema de esta ponencia. Es grande y fuerte la tentación de cerrar los ojos ante este hecho, pero ha surgido por sí mismo y no puedo ocultarlo. Me apresuro, pues, a sacar las conclusiones:

En rigor al hablar de un nacionalismo latinoamericano, como no sea en los sentidos expuestos al comienzo de esta ponencia, debe tenerse presente que las perspectivas de totalidad y de especificidad de la historicidad de la nación en América Latina permiten componer un muestrario, más bien abigarrado, del grado de concreción de la nación como expresión del

proceso sociohistórico de las sociedades latinoamericanas implantadas. En consecuencia, igual riqueza de tonos se apreciará en el nacionalismo —sin excluir, por supuesto, los tonos contradictorios. Así, no parece posible hablar de un “nacionalismo latinoamericano”, común a todas las formaciones sociales, como tampoco a la totalidad de una formación social determinada.

\* \* \*

La nación, —como representación del Proyecto Nacional formulado por la clase dominante—, ha constituido en las sociedades implantadas latinoamericanas el instrumento mediante el cual ha sido posible preservar, extender y consolidar la estructura de poder interna generada en el seno del nexo colonial. El nacionalismo ha sido, en este sentido, la ideologización de esa estructura de poder interna.

La crisis de la sociedad implantada colonial puede ser vista sintéticamente como un tránsito, —azaroso, complejo, prolongado—, cuyo punto de partida es una situación caracterizada por la existencia de una estructura interna de poder en la cual el orden monárquico, y la conciencia monárquica correspondiente, constituían la clave de funcionamiento. El hecho de que esto ocurriese en el marco de una relación colonial, —y en muchos casos con un bajo desarrollo de la clase dominante—, acentuaba, si ello era posible, el peso de esa clave de funcionamiento. El punto de llegada está representado por un reordenamiento de la sociedad cuyo fundamento y criterio de realización es la preservación de la estructura de poder precedente. Este criterio es la piedra de toque para evaluar las posibles alternativas y, eventualmente, para su funcionamiento.

La afirmación de que la monarquía era clave de la estructura de poder interna en las sociedades implantadas coloniales latinoamericanas es propia a suscitar dudas, si no francas reservas, sobre todo como consecuencia de la fuertemente arraigada ideologización de nuestro pasado colonial por los historiadores que de una manera u otra se identifican con el Proyecto Nacional de las clases dominantes. No obstante, la función básica de la monarquía, desde este punto de vista, aparece como un hecho, si bien con desigual grado de significación según se trate de estructuras sociales más o menos desarrolladas.

Así, en las sociedades de implantación simbiótica, de estructuras más desarrolladas, la monarquía se mantuvo vigente como posibilidad después de roto el nexo colonial: prevalecía en la clase dominante la confianza en el orden monárquico como garantía de su predominio en la estructura de poder interna. México es el mejor ejemplo que pueda citarse, dada la presencia de la monarquía hasta 1867. El Perú, señalado por Bolívar en 1815, junto con México, como sociedad esencialmente monárquica, vio contrariada esta tendencia por la irrupción republicana de los ejércitos de Colombia.

En cambio, en las sociedades de implantación tipo o simple el todavía

reciente fraguado de las estructuras básicas restó posibilidades a la perdurabilidad de la monarquía una vez roto el nexo colonial, situación agravada por el debilitamiento de la clase dominante como consecuencia del género de guerra librada. En estas sociedades la búsqueda de un orden socio-político de reemplazo estuvo regida por la misma preocupación que en las sociedades simbióticas, pero la debilidad de la clase dominante hizo imperativa la adopción de formas políticas que arbitraran mecanismos más o menos ficticios de participación: canalizar las tensiones sociales era la única posibilidad de regirlas. En estas sociedades la adopción del modelo republicano norteamericano estuvo recomendado por dos rasgos que satisfacían lo esencial de los requerimientos de la clase dominante: el modelo norteamericano era entonces la única experiencia eficaz de suplantación del orden monárquico conservándose la estructura de poder interna, y, por añadidura, era la única demostración de eficaz preservación del régimen esclavista, lo que ciertamente no era la última de las preocupaciones de las clases dominantes latinoamericanas.

Ya lanzada la república, el propósito de restablecer, ensanchar y consolidar la estructura interna de poder condujo a la clase dominante a no ver incompatibilidad entre lo que para ella era esencial en el orden monárquico y el naciente orden republicano. De allí la llamada república conservadora, que hizo a Simón Rodríguez exigir de "los americanos" en 1828 que sinceraran la situación declarando si querían una república monárquica o una monarquía republicana. Este proceso exigía la enmienda de las irrupciones populares en la vida social y política, pero la clase dominante no podía amparar en ninguna potencia inmanente su pretensión de regir la sociedad como no fuese la contraposición de lo "nacional" con lo "popular" en el funcionamiento de la sociedad.

\* \* \*

De ninguna manera pretendo afirmar que estos mecanismos ya han sido cabalmente estudiados y esclarecidos. No puedo tampoco, en una breve ponencia, extenderme en consideraciones a este respecto, más aun cuando todo lo que aquí digo no tiene como fin sino suscitar el reexamen crítico de algunas cuestiones quizá demasiado sabidas.

Quiero decir, eso sí, que por momentos se tiene la impresión de estar en presencia de un mecanismo de articulación de poder cuya ideologización parece haber seguido esta secuencia:

- 1º Roto el nexo colonial, el *Reino* es substituido como el contexto más inclusivo donde se ubican individuos, grupos y clases, por la *Patria*.
- 2º La lucha condujo a la identificación de la *Patria* con la República, mientras los adversarios se identificaban con el Reino.

- 3º La conducción de la lucha por la clase dominante, preocupada por preservar la estructura interna de poder, llevó a la identificación de la *República* con el *Proyecto Nacional* de la clase dominante; lo que abrió la vía para que, en última instancia, se produjera
- 4º la identificación de la *Nación* con el *Estado Liberal*.

De esta manera, por un mecanismo de sustitución de valores y de trasmutación de significados, el nacionalismo se fue conformando como un nivel de ideologización que funciona cuando menos en tres sentidos:

- a.—Como la “trampa ideológica” montada por la clase dominante para preservar la estructura interna de poder, cerrando la posibilidad de que se conciban y formulen proyectos alternativos, sobre lo que volveré más adelante.
- b.—Como forma selectiva, —de la clase dominante—, de relacionamiento con realidades externas a la sociedad por ella regida: de aproximación con aquéllas que coadyuvan a su realización como clase dominante (el sistema capitalista mundial), y de rechazo a las que contrarían esa realización (el socialismo).
- c.—Como forma sintética de expresión de las aspiraciones y necesidades de la totalidad social (en la perspectiva de la clase dominante). Esta función no está necesariamente vinculada con la clase dominante: puede operar en relación con otra clase que llegue a constituirse en intérprete de esas aspiraciones y necesidades.

\* \* \*

Los tres modos básicos de funcionamiento del nacionalismo, —como ideologización de la estructura de poder interna por la clase dominante—, se conjugan diversamente en función de la evolución de la clase dominante, proceso cuya tendencia es la de conformación de esa clase como una burguesía articulada con la formación, desarrollo y expansión del sistema capitalista mundial.

No es ocasión para intentar presentar, siquiera sea en forma sumaria, la compleja trama de este proceso, en el cual cabe señalar diversas instancias de formulación e instrumentación del Proyecto Nacional por sectores y grupos de la clase dominante, enfrentados en no pocas ocasiones sobre concepciones e instrumentos, acordes siempre en la finalidad básica de preservación de su posición en la estructura de poder interna. Si admitiésemos una globalización imposible, dada la muy cierta riqueza de matices, podría afirmarse que la contraposición entre liberales y conservadores es el más revelador de esos enfrentamientos, si consideramos que la contraposición entre militaristas y civilistas corresponde más bien a una diferenciación de estilo o modo de ser liberal o conservador.

Ha sido justamente el predominio absoluto de la perspectiva nacionalista, propia de la clase dominante, lo que ha conducido a la historiografía tradicional a hacer del enfrentamiento entre liberales y conservadores el universo ideológico de las sociedades implantadas latinoamericanas hasta bien entrado el siglo XX. Es una muestra más del funcionamiento de la "trampa ideológica", por obra de la cual se pretende que ni hubo ni podía haber otras alternativas.

Fue la irrupción de nuevas proposiciones antitéticas, representadas básicamente por el socialismo y el fascismo, el factor que trastornó ese cuadro, generando las condiciones para la integración del nacionalismo de la clase dominante en función del rechazo del socialismo; si bien esa integración no pudo darse en igual grado, salvo excepciones, en función del fascismo, como aceptación o como rechazo.

Más que la reseña de estas instancias en la evolución del nacionalismo de la clase dominante en las sociedades implantadas latinoamericanas, creo interesante sugerir que ella ha sido función de:

- a.—La vigencia de proyectos alternos en otros sectores de la sociedad implantada. Con esto quiero referirme a una situación propia de las sociedades simbióticas, si bien tiene validez, aunque más restringida, en las áreas simbióticas de sociedades que no pueden ser clasificadas como tales desde el punto de vista de su totalidad. El concepto de nación, instrumentado como Proyecto Nacional por el nacionalismo de la clase dominante, proporciona los puntos de apoyo conceptuales para contrariar y hasta desdeñar cualquier posibilidad de afirmación autónoma por la base indígena de esas sociedades. En esas sociedades la nación ha substituido al Rey como principal factor de sometimiento y subordinación de la base indígena: así como el criollo monárquico de los siglos XVII y XVIII se amparaba en el monarca como razón última de su hegemonía, el criollo republicano de los siglos XIX y XX se ampara en el concepto de nación para los mismos fines, y logra, mediante la trampa ideológica, que aun mentes que intentan aproximarse al problema desde posiciones contrarias a las de la clase dominante, terminen reaccionando ante todo planteamiento favorable a la autonomía de la base indígena como peruanos, mexicanos, bolivianos o ecuatorianos, en el sentido que a estos gentilicios le ha insuflado la clase dominante respectiva.
- b.—La capacidad de producir proyectos alternos en el seno de la sociedad implantada. Al enfocar sumariamente esta cuestión casi no es dable resistir la tentación de acudir a una operación tan sencilla que puede resultar simplista: si el Proyecto Nacional de la clase dominante expresa el proceso de formación de una burguesía, y madura en función del desarrollo y consolidación de esta clase, la formulación de proyectos alternos no podría ser función sino de un

proceso semejante, pero con otra clase como protagonista y, en consecuencia, la ausencia de proyectos alternos revelaría el insuficiente desarrollo y la inmadurez de las otras clases, en una estructura social en la cual el desarrollo de la clase dominante como burguesía responde en gran parte a factores "externos" a la sociedad considerada, y cuya acción no implica necesariamente un desarrollo colectivo de las otras clases. Créanme que si me atrevo a presentar este razonamiento es porque me siento vacío de explicaciones más convincentes de la hasta el presente insuperable incapacidad de producir, en las sociedades implantadas latinoamericanas, proyectos alternativos respecto del Proyecto Nacional de la burguesía, limitándose los antagonistas de esta clase a proponer reacomodos o reorientaciones a ese proyecto.

- c.—La urgencia de compatibilizar el Proyecto Nacional con la generación de factores dinámicos, esencialmente en el nivel económico, que activen el proceso de implantación de las sociedades latinoamericanas y, por lo mismo, el desarrollo de las respectivas clases dominantes. Esta urgencia caracteriza el ciclo de las sociedades implantadas latinoamericanas en su búsqueda de salidas a la crisis estructural de esas sociedades —expresada en el agotamiento de los factores dinámicos de la implantación—, desde fines del siglo XVIII. Es esta urgencia la que determina en lo fundamental las contradicciones —ocurridas en el seno de la clase dominante—, que en el siglo XIX están representadas por el enfrentamiento entre liberales y conservadores, y en el siglo XX por una gama de posiciones. En las últimas dos décadas se añade a esta urgencia una nueva dimensión: la de integración subregional, regional o continental, según el caso. Así, la urgencia en compatibilizar el Proyecto Nacional con la generación de factores dinámicos en función de la estructura interna de poder busca nueva fuente de estímulo en el entronque con las problemáticas equiparables de las clases dominantes de otras sociedades, en el contexto más general del Sistema Capitalista Mundial.
- d.—La posibilidad real de instrumentar proyectos alternos en el marco de las relaciones internacionales. Este es el corolario de lo antes expuesto sobre la capacidad de producir proyectos alternos. Tiene que ver tanto con las perspectivas autonómicas de la base indígena como con la proposición e instrumentación de un nuevo proyecto por otra clase que no sea la burguesía. Pero no se trata ya de la posibilidad teórica de esa formulación, sino de su instrumentación en el marco de las relaciones internacionales. En este sentido me limitaré a consignar la observación histórica de que en las sociedades implantadas latinoamericanas la ruptura del nexo colonial y la abolición del orden monárquico no fueron, a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, función de un proyecto alternativo propuesto pre-

viamente. En el único caso en que se ha producido la ruptura con el sistema capitalista en América Latina, no hubo tampoco un proyecto alternativo propuesto previamente.

\* \* \*

No quiero, de ninguna manera, disimular el hecho de que estoy consciente del propósito de estas consideraciones históricas, y ese propósito no es otro que suscitar observaciones críticas que contribuyan a sacudir un poco una temática en la que creo advertir tanto un peligroso quietismo como una maciza carga de prejuicios. Es también con este objeto que incluyo estas observaciones finales:

El nacionalismo latinoamericano (ya me he referido al alcance real de esta expresión), entendido como modo de ser o carácter especial del proceso sociohistórico latinoamericano, resulta sospechoso para los defensores del internacionalismo y para los promotores del cosmopolitanismo transnacional.

En el primer caso se teme al “nacionalismo reformismo”, tras el cual planea la sombra del aprismo. Para prevenir sus efectos indeseables, se ha acudido a la afirmación enfática de la universalidad de los procesos sociohistóricos, llevada hasta el exceso histórico y antropológico de hacer del cultivador indígena un campesino y, en definitiva, un proletario. Queda descartada, por consiguiente, la posibilidad de la conjugación dialéctica de esa universalidad, en ciertas áreas, niveles y procesos, con la especificidad de otros. Es justamente esta posibilidad de conjugación dialéctica lo que intentamos rescatar quienes trabajamos con la noción de sociedad implantada latinoamericana.

Desde el punto de vista de los intereses del cosmopolitismo transnacional el “nacionalismo latinoamericano” es visto como fuente de disonancias peligrosas en un frente que se querría unido contra el socialismo, disonancias que podrían estar en el inicio de procesos de ruptura con el sistema capitalista mundial, un poco a la manera de lo sucedido a fines del siglo XVIII con el nexo colonial.

En el orden interno, es obvia la utilidad del nacionalismo latinoamericano para la preservación del aparato de dominación. Sin embargo, esta utilización encuentra dificultades, progresivamente, a medida que la clase dominante se “internacionaliza” en función de los procesos de integración o de transnacionalización.

En la gama de situaciones producto de la conjugación de estos factores y circunstancias, parece posible discernir dos tendencias fundamentales que podrían quizá caracterizar, históricamente, la actualidad del nacionalismo latinoamericano: me refiero a la integración del nacionalismo de la clase dominante y a la floración de lo que podría denominarse un nacionalismo de izquierda.

La primera tendencia ha avanzado mucho durante las últimas décadas, en el sentido de borrarse las diferencias —en función de grupos y secto-



res—, que en cuanto a la concepción del Proyecto Nacional y el nacionalismo estuvieron presentes en el proceso de maduración de la clase dominante” —en las estructuras sociales más desarrolladas—, con dos variantes básicas: la del nacionalismo que corresponde al capitalismo democrático, esencialmente orientado por el nacional reformismo, y la del nacionalismo que corresponde al capitalismo autocrático, esencialmente orientado por una suerte de nacional-chovinismo.

La segunda tendencia, denominada con mucho riesgo nacionalismo de izquierda, resulta de composición abigarrada o, en todo caso, menos nítida que la primera tendencia —¿valdría invocar aquí una explicación clasista?—. Abarca variantes que van desde un nacionalismo revolucionario expresado en algunas “neodictaduras militares”, hasta formas más radicales. Estas variantes se revelan en buena parte amorfas, todavía, y parecen conjugar sin dificultad el anti-imperialismo con el antisovietismo.

\* \* \*

Quiero dejar expresa constancia, y no para descargo de responsabilidades, que en gran parte el conjunto de ideas manejadas en estas observaciones históricas se ha generado a lo largo de la investigación sobre el “Proceso sociohistórico de América Latina”, realizado por un equipo, que coordino, formado por los investigadores Josefina Hernández, Yoston Ferrigni, Manuel Beroes, María Elena González de Rodríguez, Lourdes Fierro de Suels, Alfredo Carvallo y Gastón Caravallo, investigación patrocinada por el Centro de Estudios del Desarrollo (CENDES) y el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICIT).